

Prólogo

El libro que tiene usted en sus manos es la historia de vida de una persona, la de Ildefonso Cabrera, que firman el mismo y Juana Ibáñez, Nani. Se trata de la historia de vida del primero estimulada por la segunda. Estuvieron trabajando cerca de cuatro años con citas regulares cada miércoles conversando largo y tendido sobre prácticamente todo: recuerdos de la infancia y de la juventud, flamenco, política, hijos y nietos, vacaciones, restaurantes, ciudad de l'Hospitalet, amistad, etc.

Me dice Nani que le costó convencer a Ildefonso de que su biografía valía la pena contarla y le insistió porque la vida de Ildefonso estaba tan llena de acontecimientos importantes y significativos como la de cualquier otra persona conocida o influyente. Nani tenía razón porque, en efecto, la vida de cualquier persona, no sólo la de los conocidos o famosos, refleja un ciclo que es común a todo el mundo: nacimiento (en unas circunstancias), crecimiento (en unas circunstancias), madurez (en unas circunstancias), vejez (en unas circunstancias), etc. Y, también, porque cada particular historia de vida se relaciona con la historia general de muchas y

diferentes maneras al mismo tiempo. La vida de cada persona, de cualquier persona, constituye una síntesis, una ejemplificación, de las relaciones sociales y de la historia social que se expresa y concreta en las prácticas y las vivencias individuales. Cada historia de vida es una relación subjetiva de las interrelaciones entre una historia individual y el conjunto social porque, como dijo Erwing Schrodinger, premio Nobel de física en 1933, "... tu vida, la que tú vives, no es un fragmento del acontecer mundial, sino en cierto sentido la totalidad" (*Mi concepción del mundo*, 1988, p. 47).

Ildefonso y Nani se pusieron a trabajar. Elaboraron un índice cronológico con los diferentes episodios que debía contener la historia; una historia que empezaba con la niñez en Andalucía y que acababa con la actual situación de persona jubilada y dedicada a funciones de dirección y enseñanza del flamenco en la asociación de Tertulia Flamenca de l'Hospitalet. Entre medio, las diferentes etapas de su vida —infancia, adolescencia, juventud, trabajador temporero... en La Puebla de Cazalla, vendimiador en Francia, emigrante a Barcelona y a l'Hospitalet, obrero, sindicado

lista, vendedor ambulante, esposo, padre y abuelo...— y de su maduración personal como apasionado por el flamenco, aficionado, peñista, locutor radiofónico, conferenciante, jurado, organizador de eventos...

Se trata de una historia de vida, una autobiografía pero, también de un relato, una crónica documentada y contrastada. Ildefonso, a pesar de su excelente memoria, no se ha fiado mucho de ella y ha completado y contrastado sus recuerdos y las notas tomadas en las reuniones de las diferentes peñas a las que acudió con entrevistas a amigos, paisanos, vecinos y peñistas y a un loable trabajo de hemeroteca para cerciorarse de datos, personas y fechas.

El resultado es este libro, esta historia, suma de muchas y diferentes historias. Cada una de las palabras que componen el título de este libro, *L'Hospitalet, compás, historia, vida, apasionado y flamenco* constituyen claves para abordar su lectura. L'Hospitalet, la ciudad de l'Hospitalet, tiene su historia, como es obvio, y parte de esa historia se refleja en la vida, en la historia de vida de Ildefonso Cabrera; y parte de esa vida se refleja en su pasión por el flamenco ¿Compás? Nos interesan aquí dos de los significados recogidos en el *Diccionario de la lengua española*: “Regla o medida de algunas cosas, como la vida, las acciones, etc. Es la medida y compás de todas las virtudes.” y “Signo que determina el ritmo en cada composición o parte de ella y las relaciones de valor entre los sonidos.” Pues sí, este libro nos habla de los múltiples y variados compases del flamenco y nos habla, también, de las medidas de algunas cosas, de las muchas cosas, acciones y virtudes que se suceden e interactúan a lo largo de la vida de cualquier persona.

¿Por qué recordamos unos acontecimientos y no otros? ¿Por qué incidimos más en unos aspectos o pasajes de nuestro pasado que en otros? El recuerdo, los recuerdos son una forma de representación colectiva, una construcción social. El conjunto de recuerdos que se recogen en esta autobiografía hace referencia a algo ocurrido, pensado o sentido; a uno mismo y en relación a otros; esos otros que representan al conjunto de la sociedad y que acostumbran a ser, amigos, parientes, vecinos, jefes, instituciones, entidades, etc. La reconstrucción del pasado precisa contar con marcos que encuadren y estabilicen lo acontecido y tales marcos son sociales; son comunes a todas las personas de una misma sociedad. Así, no son tanto las fechas históricas (por ejemplo, la muerte de Franco, la constitución de los primeros ayuntamientos democráticos...) los que sirven para organizar la cronología de la biografía sino que los hechos históricos se recuerdan y se analizan a través del filtro del propio ciclo de vida, del de la familia, del trabajo... Destacan especialmente aquellos aspectos que han sufrido cambios más profundos o, incluso, que ya se han borrado... Porque han sido importantes para al narrador, porque han sido o son circunstancias o hechos ya desaparecidos pero que han marcado ciclos de su vida, porque son acontecimientos que con el paso del tiempo han cambiado o, incluso, desaparecido. Los acontecimientos realmente importantes son los que tienen una trascendencia a nivel individual, los que marcan las etapas de la vida de cada uno: nacimientos, aprendizajes, enamoramientos, matrimonios, defunciones, jubilaciones, enfermedades, acceso a la vivienda, trabajos, migraciones, éxitos, fracasos, etc.

La historia de la vida de Ildefonso Cabrera es, desde luego y sobre todo, una historia de su pasión por el flamenco y una parte de la historia del flamenco; pero, es también, una parte de la historia de España y de sus gentes, al menos de algunas de sus gentes, desde 1939 hasta la actualidad. Cada uno de los episodios de vida de cualquier individuo representa, al menos parcialmente, la totalidad del sistema social y cultura en los que esos episodios se desarrollan. Y, así, Ildefonso fue niño y su niñez fue, como el mismo dice, “como la de miles de chavales” de su tiempo; y, también, como otros miles de familias, se ganaron la vida en los largos años de la postguerra, conocidos también como “años del hambre”: trabajaba toda la familia, padres, hijos, hombres, mujeres, niños y niñas... y trabajaban de sol a sol, con frío o calor la temporada de la aceituna y la del arroz... Se iba a la plaza del pueblo a hacer el *cantillo* y esperar ser contratados por algún manijero; igual que luego lo harían en la Plaza de Urquinaona de Barcelona donde se congregaban muchos inmigrantes esperando ser contratados. Se albergaban en las casetas o barracones de los cortijos que parecían más “un establo para animales que un lugar para el descanso de la personas”, más o menos las mismas condiciones que sufren hoy los y las inmigrantes procedentes de Rumanía, Marruecos y otros países. Y no había fiestas que celebrar con excepción de la Nochebuena; “nadie cumplía años ni tenía santo” y se conformaban “con muy poquito o casi nada”; y, también, como otros muchos miles de españoles, tuvo que marcharse de España y buscar trabajo en Francia, Alemania, Bélgica y otros países europeos. ¡Ah, sorpresa! En Francia no se trabajaba los domingos y... se hablaba francés... y

estaba llena de refugiados políticos que preguntaban cómo estaba la España de Franco.

Y, una vez más, como miles y millones de españoles, Ildefonso tuvo que cumplir el servicio militar, la *mili*. Una vez cumplida, fue ya casi inevitable salir del pueblo a buscar trabajo fuera del pueblo, fuera de Andalucía... y, como otros muchos miles, con el *Sevillano* —una experiencia memorable—, migró y llegó a Barcelona y, más concretamente, a l’Hospitalet, donde ya estaba su hermano y donde “decían se ganaba mucho dinero”. Pasó a buscar trabajo por el mercado de mano de obra al aire libre que era la plaza de Urquinaona, donde cada día esperaban ser contratados cientos de obreros en paro hasta que fue llamado para trabajar en Corberó, importante empresa donde, como en otras muchas del cinturón industrial de Barcelona, se “cocía” ya “la grandeza que el movimiento obrero iba a tomar en la lucha por las libertades sindicales y también contra la dictadura franquista”... Formó parte del Comité de Empresa... Sindicalismo, clandestinidad, lucha antifranquista... una época y circunstancias en las que “no te podías fiar de nadie”.

Y no como miles de españoles sino como miles de millones de humanos, Ildefonso contrajo *matrimonio*. Tuvo un hijo y una hija; y más tarde un nieto... Hijo y nieto que, para satisfacción de Ildefonso, parecen compartir la pasión por el flamenco.

En definitiva, los recuerdos que Ildefonso selecciona en esta su historia de vida, al igual que muchas otras autobiografías, se conforman a determinados ideales u objetivos que nos revelan información sobre los valores y las ideas sociales, culturales y políticas de una época y de unos grupos sociales. Esta historia de vida da testimonio de lo que Ilde-

fonso ha vivido, de sus penas y de sus momentos de felicidad. Y, independientemente del alcance que se le quiera dar a su testimonio, expresa la conciencia de haber sido protagonista o coprotagonista de experiencias dignas de ser explicadas y recordadas.

Historia de vida de un apasionado por el flamenco... Uno de los poemas que Ildfonso ha incluido en este libro dice así: “*La afición que yo tengo hoy (por el flamenco) a mi padre se la debo; desde que yo era un chiquillo, él cantaba muy bien soleá, siguiriya y fandanguillo*”. Ildfonso, lo dice él, viene de una familia flamenca y, desde pequeño, en su casa, siempre había escuchado cante, todos *cantiñeaban* algo. Esta afición por el flamenco transmitida por su familia tuvo una ayuda en el hecho de que sus padres compraran una radio que fue “todo un acontecimiento”. Aquella radio permitió a la familia Cabrera y a otras familias vecinas escuchar por las noches canciones flamencas. También yo recuerdo el acontecimiento que supuso la primera radio que compraron mis padres, en Puigcerdá, allá por principios de los años de 1950 y recuerdo, también, que mi padre mandaba callar cuando cantaba Antonio Molina.

Sus primeros pasos hacia el flamenco fueron, sobre todo, emocionales, sentimentales; no sabía lo que se cantaba, no entendía ni diferenciaba los cantes. Pero, a partir de las emociones, se sucedieron los aprendizajes que, prácticamente, han durado toda su vida, desde los cortijos y bares de La Puebla de Cazalla hasta las diferentes bares y peñas de l’Hospitalet, la *Otra Andalucía*. No imaginaba yo que el flamenco fuera un cante tan complejo y diverso. Y es un cante que ha sufrido adulteraciones diversas como, por ejemplo, la de la “copla aflamencada”. Se lamenta Il-

defonso de que muchos cantaores de la época de su juventud cantaban sin conocer con exactitud la forma de ejecución que tenían los cantes y la idiosincrasia de cada una de sus formas y de que, incluso, muchos cantaban una *malagueña* sin saber lo que era exactamente.

Por todo ello, la conciencia de la necesidad de aprender la grandiosidad de las formas más antiguas, conocer las particularidades de los distintos cantes, entender por qué un mismo palo se podía meter por uno u otro compás, las distintas modalidades que el flamenco adquiere en función del lugar y de los orígenes de cada familia, etc., etc. Fandangitos, cantes de ida y vuelta, los cantes de Málaga, las jabereras, verdiales, por malagueñas, fandangos, palos duros, soleás, siguiriyas, martinetes, peteneras, alegrías de Córdoba, rumbas, tanguitos, chirigotas, mirabrá, bulerías, tangos de Málaga, cante jondo y por derecho, quejío, cartagenera, *granaína*, media *granaína*, etc., etc. términos que constituyen sólo una pequeña muestra de la diversidad y complejidad del cante flamenco o del cante jondo como gusta de llamarlo Ildfonso.

L’Hospitalet al compás es un testimonio importante e interesante de hechos y sentimientos identitarios que se sucedieron desde finales de la década de 1950. L’Hospitalet se convirtió en la segunda ciudad de Catalunya gracias a la inmigración, fundamentalmente andaluza. L’Hospitalet se convirtió, así, desde un cierto punto de vista en la *Otra Andalucía*. Aquel l’Hospitalet, cuenta Ildfonso, tenía sabor *andaluz*. Era una ciudad asombrosamente cercana a la vida de muchos pueblos y ciudades de Andalucía... “La gente, o la mayoría de ella, hablaba el andaluz de Sevilla,

de Cádiz, de *Graná...*, acostumbraba, sobre todo en verano, a estar en la calle, tomando la fresca, como en La Puebla. Se continuaban cocinando los potajes y las berzas con garbanzos, los *pescaitos* fritos, la *ropavieja* y los gazpachos nada más llegar el calor (...) Además, los bares... eran al estilo andaluz, guardaban su parecido en casi todo. En ellos se bebía, se comía, se hablaba o se cantaba como en Andalucía...”. Pero, también, desde otro punto de vista, l’Hospitalet era lugar de los *otros catalanes*, expresión y concepto que inmortalizó Francisco —Paco— Candel con el libro de ese título. Por eso, poemiza Ildefonso: “*Tengo el corazón partío. Me siento de l’Hospitalet. No se va de mi memoria la tierra en que he nació*”.

¡Los bares! ¡Las peñas! Dice Ildefonso que los bares eran lugares de escape en los que los andaluces de los barrios de La Florida y de Pubillas Casas, sobre todo, se sentían como en sus propios pueblos y alimentaban la nostalgia por la cultura andaluza y una de las manifestaciones que más la expresaban era, precisamente, el flamenco ya fuera como cante, guitarra o baile. Interesante señalar que, de acuerdo con Ildefonso, hablar del flamenco como de una parte importante de la cultura andaluza no se dio hasta que abandonaron sus pueblos porque, en ellos, nunca se había planteado el flamenco en términos identitarios. Y los bares eran lugar de “cita imprescindible” para los “flamencos” en l’Hospitalet y distintos bares fueron las primeras sedes de las numerosas peñas flamencas que se crearon en l’Hospitalet hasta el punto de hablar de una auténtica “fiebre peñística”. Se inauguraban peñas en cualquier bar de l’Hospitalet; pero, también de otras ciudades como Cornellá, o Santa Coloma de Gramanet.

Peñas y, también, asociaciones culturales diversas como, por ejemplo, la Asociación Cultural Andaluza. Este es otro aspecto que conecta la historia particular con la historia más general. Afirma Ildefonso que la aparición de las primeras peñas surgió en un momento en que empezaba a despuntar el asociacionismo en general: “comenzaban a tomar cuerpo las asociaciones de vecinos en los barrios de las ciudades dormitorio; los estudiantes se movilizaban en las universidades y se organizaban los trabajadores en los sindicatos obreros. Nacía un movimiento vivo, reivindicativo y luchador, que pretendía conseguir mejorar las condiciones de vida de las clases más desfavorecidas y dejar atrás el oscurantismo de esa etapa dictatorial caracterizada por la miseria, la ignorancia y el desprecio hacia las personas”. Y “Si a este afán nuestro, a este hambre de cante que nos tenía a todos encendidos porque a través de él canalizábamos nuestros sentimientos, unimos la conflictividad política del momento, la agitación social que se vivía en España con un dictador que parecía que no se iba a morir nunca y con unos movimientos obreros y campesinos cada vez mejor organizados y más radicalizados en pro de las libertades democráticas, se verá mejor nuestro contexto”. Una preocupación que Ildefonso muestra reiteradamente a lo largo del texto y que siente como una obligación moral, como un deber es la de “acabar con la idea de que el movimiento peñista obedeció a una iniciativa vinculada a las personas más conservadoras y reaccionarias de la sociedad del momento”. Por esta razón, destaca, también, que la organización y celebración de *El Mayo Flamenco de 1972* contribuyó a situar a la Peña Antonio Mairena dentro, del asociacionismo del mo-

mento, “como una entidad seria, a la que movían fundamentalmente intereses artísticos y culturales y no caprichos ordinarios de gente poco culta y reaccionaria”.

Decía Gabriel García Márquez que la vida no es la que vivimos sino como la recordamos para contarla; y el neurólogo Facundo Manus añadiría que tendemos a recordar las cosas que nos emocionan porque la emoción facilita la consolidación de la memoria. Está claro que las emociones que han contribuido a mantener y estimular la memoria de Ildefonso Cabrera para organizar este relato autobiográfico giran en torno a las muchas y diversas manifestaciones del flamenco pero, a través de él, han aparecido tantas otras manifestaciones de la cotidianidad, del costumbrismo, de las relaciones sociales, de las situaciones políticas y económicas... Seguro que con algunas de ellas cualquier lector o lectora encontrará sus puntos de conexión e identificación.

Jesús Contreras Hernández
Catedrático de Antropología
de la Universidad de Barcelona
Barcelona, 26 de marzo de 2019